

hacerla campo libre á la actividad de los hijos de los pueblos todos, incluso el español! Y el héroe se me aparece en toda su apacible complejidad, sin salientes violentos, sin relieves pronunciados, pero con todo su sano equilibrio y con todo el calor de humanidad con que ha sabido presentárnoslo su ilustre historiador.

A PROPÓSITO DE JOSUÉ CARDUCCI

Ya lo sabéis, ha muerto Josué Carducci, el más grande poeta italiano que quedaba vivo y el más grande acaso del mundo entero en el tránsito del siglo XIX al XX. Somos, por lo menos, muchos en creerlo.

El duelo que Italia ha ofrecido á la memoria de su poeta, ha sido digno de Italia y digno de Carducci. Pocas veces, ni en lugar ni en tiempo alguno, se habrá visto una manifestación más concorde y más grandiosa.

Para juzgar la obra poética y la obra crítica de Carducci, será menester que pase algún tiempo y que se haya asentado el polvo que levantó con su soplo airado, serenándose el cielo. Para Italia era el poeta civil por excelencia, el poeta de la patria, el poeta de la unidad italiana. Será menester que lo juzguen extranjeros y que su obra acabe de hacerse universal.

Al entusiasmo patriótico de los italianos que han llegado á ponerlo en su panteón al lado del Dante, se ha unido la pasión sectaria y hasta la manía anticristiana, manía que se alimenta del

más lamentable desconocimiento de lo que en su espíritu y esencia el cristianismo es. En estos días ha llegado á decirse en Italia que el himno á Satanás, de Carducci, es el exponente de su obra toda poética, y que quien rechaza aquél, tiene que rechazar éste. No se me ocurre rechazar el himno á Satanás, que sólo pudo escandalizar á los simples que no quisieron penetrar en su fondo — un fondo nada anticristiano — pero sí conviene recordar que el mismo Carducci dijo de ese su himno, escrito á sus veinticinco años, que jamás salió de sus manos «guitarrada» («chitarronata») más vulgar, salvo cinco ó seis estrofas.

Todo poeta, todo escritor, atrae la atención de sus contemporáneos, no por lo mejor suyo, no por sus producciones más íntimas y más personales, sino por aquellas otras que á razón de circunstancias del momento producen más escándalo ó más entusiasmo pasajero. A raíz de la muerte de Leopardi, de lo que más se hablaba era de su canto á Italia, y hoy estamos de acuerdo todos en que no es ese su canto más leopardiano. Lo mismo sucederá con Carducci.

¡Qué modelo de carrera la de este ardiente y noble poeta! Hay que seguirla desde que en 1856, siendo profesor de retórica en el Liceo de San Miniato al Tedesco, publicó, á sus veintiún años, la primera edición de sus rimas, con el honrado propósito de pagar sus deudas, hasta que frisando en los setenta y dos acaba de dormirse en la sombra que no acaba, en su querida Bolonia, en cuyo camposanto deseó descansar de la vida.

Cuando publicó aquél su primer libro de rimas, hubo crítico que lo acusó de «falta absoluta de toda posible facultad poética». Y de hecho el libro no gustó. Carducci tuvo que fraguarse su gloria golpe á golpe, contra la indiferencia primero, contra la hostilidad después. Su espíritu rebelde y desdeñoso no se plegaba á acomodamientos fáciles, y su poesía alta, serena y fuerte, no era de las que entran fácilmente en un público que rehuye manjares jugosos.

Carducci, desdeñoso y fuerte como el Dante, despreciaba la blandenguería romántica que dominaba el ambiente espiritual cuando su alma empezó á respirar. No podía resistir el manzonismo, aunque siempre respetó la noble figura de Manzoni. Y como el cristianismo se le aparecía en torno bajo la investidura católica manzoniana, se revolvió contra el cristianismo también. De aquí su paganismo.

Siendo estudiante saltó una vez de la cama, para salir á la puerta á gritar: «¡viva Giove!» «¡abasso il successore!» en respuesta á un amigo que le cantaba lo de

«Dormi, fanciul, non piangere,
Dormi, fanciul celeste. . .»

Y toda su vida permaneció fiel á esto que podría llamarse su paganismo, rechazando á los curas, pidiendo morir bajo los cantos del padre Homero. ¿Quién no conoce su famosa poesía «En una iglesia gótica» donde se lee aquello de que los templos

cristianos excluyen al sol y que el cristianismo faja de tedio al alma? ¿Quién no conoce su canto á las fuentes de Clitumno en que pide que el sauce llorón, «il piangente salcio», sea sustituido por la negra encina, «l'ilice nera», símbolos el uno del cristianismo y el otro del paganismo?

Habría, sin embargo, mucho que hablar de ese paganismo y de ese cristianismo. Por ahora he de limitarme á indicar que cuanto en el cristianismo repelía á Carducci—y lo mismo pasa con Nietzsche—era, sobre todo, el elemento de origen pagano que se ha introducido en él. Carducci amaba á Francisco de Asís, y Carducci, en su hermosa poesía á la iglesia de Polenta, ha engarzado en ritmo suavísimo la salutación del Ave María. ¿Contradicción, diréis? ¡No, contradicción no! En las alturas serenas y luminosas de la poesía no hay contradicciones posibles. Allí todos los grandes espíritus se abrazan.

He citado á Nietzsche al hablar de Carducci; mas esto no se interprete en el sentido de que los junto. Aprecio al poeta italiano mucho más que al desesperado pensador germánico. En el fondo las razones, ó mejor dicho, los sentimientos porque uno y otro se revolvieron contra el cristianismo, son muy diversos. Y contra el cristianismo de hoy, oficial y ritual, se revolvió antes que ellos, con otros muchos, aquel excelso espíritu danés que se llamó Kierkegaard, alma profundamente cristiana. Este dijo aquella terrible frase: la cristiandad juega al cristianismo.

Mas dejando ahora esta cuestión espinosa y vol-

viendo á Carducci, hay que hacer notar el carácter de su lírica.

Carducci, el poeta civil, no es el egoísta que se encierra en su torre de marfil á cantar sentimientos personalísimos ni á molestarnos con cosucas que sólo á él le importan. Este gran poeta moderno, el más grande, el más poeta y el más moderno de los poetas modernos, es el menos modernista, en el sentido que ordinariamente se da á este mote tan poco envidiable. Carducci, que odiaba la «usada poesía» y que odiaba sobre todo y ante todo la vulgaridad, es un poeta popular en el sentido alto y duradero de esta palabra. No que sus poesías anden en boca de lo que suele llamarse por antonomasia pueblo, no; sino que con ellas ha contribuido á fraguar un pueblo. Cantó sentimientos de su patria. Su alma vibraba con el alma de lo mejor de su pueblo.

A raíz de nuestro desastre, aquí en España, me decía el gran poeta portugués Guerra Junqueiro: «Ustedes no tienen un poeta, porque han recibido un golpe y no se ha oído la queja melodiosa; el reponerse, la cura, es cuestión de tiempo, pero el quejido, el grito de dolor, esto es del momento». Y diciéndole yo: «Acaso tengamos poetas, pero no son patriotas», me replicó: «No, no es posible; si un hombre no siente lo que tiene en derredor, lo concreto, lo tangible, la patria, podrá ser un gran filósofo, un gran pensador, un gran sociólogo, pero un poeta no». Y él, el mismo Guerra Junqueiro, acaso nunca ha llegado á mayor intensidad poética que en su poema «Patria», grito de indignación

y de sinceridad que le arrancó la vergüenza de Portugal.

Ya sé que andan por ahí jóvenes rimadores, más ó menos melencólicos, que sonríen compasivamente cuando de patria se habla y que no se les cae de la boca la palabreja «emoción» y la torre de marfil. Hacia estos tísicos del alma sintió siempre un soberano desdén Carducci, y basta leer sus invectivas á un heiniano de Italia.

Sí, á Carducci se le ha acusado de desdeñoso hacia la juventud. ¿Acusarlo? Eso no es una acusación. Tenía motivos sobrados al ver cómo desertando del «maiora canamus!» se ponen á cantar no ya las cosas menores, sino las mínimas, y se nos vienen con la milésima sonata á los pies de Laura ó con elegías á Pierrot ó á Colombine, ó con insípidos y pálidos recuerdos versallescos ó con unos faunos, sátiros y centauros anémicos traducidos del francés boulevardero, ó con cualquier otra gansada por el estilo. Ese hombre que esculpía sus pensamientos en estrofas severas, las mejores de ellas sin rima, ¿cómo iba á deleitarse en esos juegos malabares, de versos vacíos de sentido en que sólo se busca un fugitivo halago al oído carnal?

De buena gana os diría algo respecto á la técnica carducciana y á sus tan discutidos metros; pero tengo en prensa un tomo de poesías—os lo anuncio ya; creo me ha de ser permitido esto—y como entre ellas hay más de una compuesta en la misma horma, por ahora me callo. Y en ese mismo tomo, en el que á mis poesías originales hago seguir cinco ó seis traducidas, van dos de Carducci.

¿Cómo este poeta, el más grande, repito, según muchos creemos, de la segunda mitad del pasado siglo, ha influido tan poco en España y en la América de lengua española? Siendo como es el italiano mucho más afín que no el francés al castellano, y siendo su prosodia nuestra prosodia, parecía lo natural que los grandes poetas italianos hubiesen influido en los nuestros más que los franceses. Además, la poesía italiana, es, por lo común, más poesía, quiero decir, más poética que no la francesa. A ésta le sobran ciencia, habilidad, artificio y espíritu lógico formal. Son demasiado buenos geómetras y demasiado buenos críticos para ser buenos poetas.

¿Cómo es, podría uno preguntarse, que para una vez que veamos citado, comentado ó imitado entre nosotros Carducci, vemos diez, quince ó veinte veces citados, comentados ó imitados Musset ó Verlaine? Yo lo atribuyo sobre todo á la debilidad de nuestros estómagos mentales, y permitidme lo rudo de la frase. Entre nosotros adquieren más favor los que nos obligan menos á fijarnos y los que menos nos dicen; los que nos mecen en vagorosos ensueños sin consistencia y á las veces sin forma.

Carducci es un poeta discursivo, ilativo. En sus cantos hay un argumento lírico, en sus cantos hay una idea dominante, clara y precisa, que va desarrollándose procesionalmente y con soberana pompa. Por esto pudo prescindir de la rima; porque la asociación poética de las imágenes y pensamientos es interna y es robusta.

Fijaos, en efecto, en que hay poetas que necesitan de la rima para no perderse en la más absoluta incoherencia, en el cinematografismo más descosido, en una cháchara deshilvanada. Conozco poesías en castellano—y de las que citan como ejemplo los adeptos de cierta escuela—en que si se quitan las lañas de la rima, se desparrama todo aquello.

Carducci, como verdadero gran poeta, es un poeta traductible. No le ocurre lo que á nuestro Zorrilla. Poned á Zorrilla en inglés, alemán ó francés, despojándole del halago del sonsonete, y decidme cuánta poesía queda en aquel aluvión de lugares comunes literarios y en aquel desfile de imágenes imprecisas ó revenidas de puro viejas. En cambio Campoamor, por ejemplo, sean cuales fueren sus fallas en otro respecto, es traductible. Y Carducci lo es enteramente, como es traductible el Dante, como lo es Homero, como lo es Shakespeare, como lo es Goethe. Lo que cantan es de suyo poético; sus cantos están formados con materia poética. Y es poética la forma interna de ellos.

Lo cual no quiere decir ¡claro está! que no sea bellísima y armoniosa la versificación carducciana. No tiene, sin duda, esas cadencias arrastradas y muelles que se canturrean, más que se recitan, lánguidamente á la hora de tomar el ajeno. Su música es una música robusta. Ni violines versalleses ni caramillos pánicos.

Y no vaya á creerse por esto que Carducci no tiene delicadezas. Las tiene y de las más delica-

das, como lo son siempre las de los fuertes. No hay, en efecto, ternuras más tiernas ni blanduras más dulcemente blandas que las de los vigorosos y recios. Las flores más fragantes son las del desierto ó las que crecen bravías entre las rendijas de las rocas. El toque más delicado es el de un gigante. Si Oto ó Efialte os cogieran y os levantarán en sus manos, no sentiríais el toque; tan sin esfuerzo lo harían. Los niños se sienten mejor, más á sus anchas, en los brazos de los hombres robustos que no tienen que hacerse violencia alguna ni tienen que apretarlos para mantenerlos seguros.

Leed la bellísima composición de Carducci á la boda de su hija, aquélla en que habla del «vulgo vil de Italia», y ved si el amor paterno puede hablar un lenguaje más robustamente tierno. Y como és las otras composiciones.

La labor de Carducci no es muy copiosa. No ha sido poeta tan fecundo como Víctor Hugo, pongo por caso de fecundidad. Y sus composiciones son todas relativamente cortas. Nada de poemas en varios cantos ó de novelas en verso, nada de dramas. La verdadera inspiración lírica es de vuelo alto y firme, sí, pero corto.

Y además, y esto no debe olvidarse, Carducci no se constituyó en un profesional de la poesía, no fué un literato de esos que se creen obligados á escribir versos con cierta regularidad de tiempo. Su ocupación principal y primaria fué su cátedra de literatura italiana en la universidad de Bolonia, y después, sus trabajos de crítica é investigación

de textos antiguos. Y sólo cuando se sentía henchido de concepción poética era cuando hacía versos.

De aquí su posición respecto á la poesía, á la literatura y al arte en general, tan distinta de la posición ordinaria en aquellos que por haber hecho rimas que han obtenido algún aplauso, se creen con derecho á menospreciar otras actividades. De una carta que Carducci dirigió en 1887 al director del «Resto del Carlino», traduzco este sustancioso párrafo:

«Dije que está bien que Italia no tenga, al menos por ahora, una producción literaria conforme la pretenden muchos. Me explicaré. Creo firmemente ser dañosa para el vigor moral de un pueblo la demasiada literatura; creo que la demasiada literatura perdió á Grecia y enerva hoy á Francia; creo que Italia, teniendo, como tiene, que cobrar fuerzas, necesita de muy otras cosas que de excitantes ó deprimentes neuróticos, y la literatura moderna no puede dar otra cosa. La imposibilidad de que saliese en Italia una novela que se pueda leer era para mí una prueba y un consuelo, prueba de que á este pueblo le queda aún una fibra de los antiguos riñones, y era una esperanza para el porvenir. Ahora siento que aquella querida imposibilidad va disminuyendo de día en día. Me disgusta. Nuestros padres pusieron barra á la caponera de la arcada; ¿por qué queremos mantener abierto en demasiados periódicos un mercado de vulgarización de los últimos excrementos del romanticismo en prosa y en verso?»

El que escribía estas palabras tan sensatas era el primer literato de Italia, ó mejor dicho, el primer humanista.

Esta noble, nobilísima palabra, esta palabra de abolengo que parece trasportarnos al siglo XVI, entre los esplendores del Renacimiento, esta palabra de humanista es la que mejor cuadra á Carducci.

Muerto este robusto luchador prometeico, le sucede en su cátedra, y somos muchos los que creemos que en su primacía en la poesía italiana, Pascoli, cuyos cantos, sin el vigor herculino de los cantos carduccianos, tienen en cambio más morbidez acaso y más serenidad tranquila. Pascoli se inclina á las veces más á Leopardi que á Carducci. Pero mientras este dulcísimo y sereno Pascoli, que parece ser uno de los que han encontrado la fuente homérica, es casi desconocido entre nosotros, á todas horas nos están restregando los oídos con el nombre de guerra de Gaetano Rapagneta, conocido por Gabriele d'Annunzio. Este insoportable comediante, vano y hueco, es el que para nuestro vulgo literario—y es el peor de los vulgos—cubre con su nombre el nombre de Pascoli, del cual dijo una vez Carducci que era capaz de escribir cantos que podría firmar Ariosto.

Es una cosa vista la de que no son los poetas, ni en general los escritores mejores, más jugosos y más hondos, los que antes consiguen salvar las fronteras de su patria. Una cosa son los escritores universales y otra los internacionales, ni se traduce primero lo mejor sino lo más fácil de com-

prensión. Pero de esto de lo universal y lo internacional en literatura os hablaré otro día y espero entonces engarzar á mis propias reflexiones y observaciones, observaciones y reflexiones de Carducci.

SOBRE EL AJEDREZ

Nunca olvidaré—me contaba una vez un cura de aldea, socarrón y malicioso — nunca olvidaré mi primera visita á un pueblo «civilizado». Habíame criado yo en mi aldea nativa, con un tío cura que me enseñó el latín, y que cierto día me advirtió me preparase para ir con él á la villa próxima. Era á Guernica. Llegamos á ella y me llevó al casino, donde él tenía que avistarse con un amigo. Me dejó por mi cuenta. Empecé á recorrerlo, todo encogido y medroso, y hubo de llamarme la atención un grupo de cuatro personas, agrupadas en silencio en torno á una mesita y sin levantar sus cabezas de ella. Su mutismo y su recojimiento atrajeron mi atención. Me acerqué al grupo y oí romperse el silencio para que uno de los cuatro caballeros exclamara: «¡Si hace usted eso, le como el caballo!» y otro le replicó: «en ese caso, le comeré yo la torre». Estas palabras me trastornaron. ¡Un señor que dice va á comerse un caballo y otro que le replica que comerá una torre! Me aparté de allí, no sin cierto temor no fuese que de mansa se les convirtiese en furiosa y me tirasen por el bal-

cón á la calle, pero pudo más mi curiosidad y volví á acercarme al grupo. «¡Este peón será reina!»—exclamó triunfalmente uno de aquellos señores, y yo miré á todas partes. Me aquietó un poco el que los demás asistentes al Casino no parecían dar importancia al caso. Me acerqué más aun y pude ver que tenían un tablero de madera con cuadrados blancos y negros, y unas piececitas, algunas en forma de castillos y otras con cabezas de caballo que movían de tiempo en tiempo de un sitio á otro. No quise ver más, sino que me fui á mi tío y asiéndolo por la sotana, le dije: «¡tío, vámonos de aquí, vamos á casa!» y todavía al salir del Casino de Guernica volvía mi mirada á él temiendo no saliese con un cuchillo, frenético ya, el comedor de caballos, ó el de torres. — Tal fué mi primera impresión de lo que es una sociedad civilizada—acabó diciéndome el socarrón y malicioso cura de aldea.

Y entonces me tocó el turno de contarle á mi vez cómo yo, en mis mocedades, había caído bajo la seducción de la mansa é inofensiva locura del ajedrecismo y cómo, durante mis años de carrera, en Madrid, hubo domingo en que invertí lo menos diez horas en jugar al ajedrez. Este juego, en efecto, llegó á constituir para mí un vicio, un verdadero vicio. Pero como soy, gracias á Dios, hombre de recia voluntad, conseguí dominarlo. Y hoy no lo juego sino de higos á brevas, ó sea de año á San Juan, y las pocas, poquísimas veces en que lo juego, no paso de un par de partidas, ó á lo sumo tres. Se me pasan meses sin tomar un alfil á

la mano. Y es que tengo siempre presente aquel aforismo de que el ajedrez para juego es demasiado y para estudio demasiado poco. Y eso que llegué á jugarlo bastante bien.

Recuerdos y reflexiones son estos que se me ocurren al leer la carta que don José Pérez Mendoza, presidente del Club Argentino de Ajedrez, dirige á don Enrique de Vedia, consocio suyo y rector del colegio nacional central, carta que aparece en el número correspondiente al primer trimestre de este año, de la «Revista del Club Argentino de Ajedrez».

El señor Pérez Mendoza se dirige al señor Vedia con objeto de que se introduzca el ajedrez en los colegios. La carta honra á quien la ha escrito, pues que demuestra cuán en serio toma su ajedrez, y siempre es digno de todo respeto y todo elogio el que toma algo en serio, y más en los días que corremos. Y el que se tome muy en serio un juego, un deporte, es una enseñanza, una advertencia y un reproche para tantos como hay que toman en juego las cosas más serias.

No se le oculta al señor presidente del Club Argentino de Ajedrez lo arduo de llevar á la práctica su propósito, lo difícil que es encontrar «quien tenga valor suficiente para desafiar la crítica de los que sonríen burlonamente cuando no tienen nada de fundamento que oponer á un propósito», y recuerda á este efecto la conmisericordia con que en una época no lejana se les motejaba con aquello de «es miembro de la Protectora de Animales». Pero, como dice muy bien el señor Pérez Mendo-

za, «el tiempo ha transcurrido y todos hacen justicia á los propósitos de Sarmiento, reverendo Thompson y otros».

Esta actitud del presidente del Club Argentino de Ajedrez me es altamente simpática.

Siempre aplaudo á los que, sea por lo que fuere, afrontan la crítica de los que sonríen burlescamente. Un ejemplo así es siempre fecundo en país donde la propensión á la burla, al choteo, hace estragos. Eso no es, en el fondo, sino quijotería, y sabido es que me he constituido en el aplaudidor profesional de todo quijote.

«Las ideas hacen camino», dice muy bien el señor Pérez Mendoza. Y para demostrarlo se limita á citar el caso de la señorita Elina Paso, que se matriculó para médica en el colegio que el señor Vedia rige. «Hubo resistencia tenaz para impedirlo por los retrasados en ideas, pero más fuerte fué el empeño y la buena doctrina triunfó, siendo ¡al fin! admitida». Es evidente: las ideas hacen camino.

«Y usted, que es educacionista y por ende ajedrecista de raza...»—sigue diciendo al rector del colegio nacional central el presidente del Club Argentino de Ajedrez. Pero aquí tenemos que detenernos. Ese «por ende» me ha herido la mente como una flecha silenciosa en la oscuridad. Eso de que un educacionista tenga que ser ajedrecista, la verdad, no acabo de comprenderlo. Yo que, como he dicho, fuí ajedrecista y hasta maniático del ajedrez en mi juventud, no veo las relaciones entre el juego del ajedrez y la pedagogía. Pensaré

en ello, sin embargo. Aunque por ahora temo tratar á mis alumnos y discípulos como peones, alfiles, caballos y torres de ajedrez.

Sigue la carta y en ella pide su autor que se desarrolle en la juventud argentina la afición al ajedrez «que ennoblece, porque es caballeresco en sus propósitos; que es culto porque da motivo á desarrollar la sociabilidad; que es el más intelectual y educador, porque para practicarlo es necesario poner en ejercicio funciones múltiples de observación, orden, previsión y tantas otras que desarrollan la intelectualidad, y sobre todo, más arriba que todo, que es un medio, si no de extirpar, de oponerse á la ola que avanza» y que por desgracia «es difícil, bien que no imposible de contener y que tantos perjuicios trae aparejados en su propagación: me refiero á las varias formas de juego con apuéstas».

Vamos por partes.

Y empecemos por la última: lo de los juegos de apuestas. En esto, como en aquello otro de afrontar las sonrisas burlescas, estoy enteramente al lado del presidente del Club Argentino de Ajedrez. Todo lo que en bien de la cultura se haga para combatir los juegos de envidia y azar, incluyendo en ellos la lotería y las carreras de caballos, sería poco. Y no es lo peor de tales juegos el que arruinen á unos y enriquezcan á otros sin trabajo, enseñándoles á fiar de la fortuna; lo peor de la afición á los juegos de azar y envidia es que revela una gran pobreza imaginativa. Suelen caer en ese vicio aquellas personas que sin una base de educación

intelectual se encuentran con dinero. No saben qué hacer, la lectura les fastidia, el arte está para ellos cerrado, y el único modo que tienen de no aburrirse es jugar. Puede asegurarse que donde el juego hace estragos la cultura es superficial y más de apariencia que de fondo. Las emociones del juego llenan un vacío espiritual que no se llena con emociones de arte, de ciencia ó de una actividad útil y culta. Cuando se reúnen personas de cultura, de ingenio, de ilustración, y sobre todo de espíritu, conversan, cambian ideas é impresiones, no cartas de baraja. Los tontos, dice Schopenhauer, no teniendo ideas que cambiar, inventaron unos cartoncitos con figuras, y los cambian.

Pero de este mal del juego, que es para mí lo peor de él, ¿está acaso enteramente exento el ajedrez?

«Ennoblesce, porque es caballeresco», dice el señor Pérez Mendoza. Sí, no lo dudo, pero he presenciado disputas muy agrías ocasionadas por el ajedrez. Y se comprende. Como los dos jugadores juegan con los mismos elementos, dispuestos del mismo modo, no cabe atribuir al acaso la derrota. El que pierde, pierde porque se descuidó más que el otro, ó porque juega menos que él. Y así sucede que en ningún juego se interesa más el amor propio que en el ajedrez. Al que pierde un día al tresillo le queda el recurso de decir que le dió mal el naipe. No así al que pierde al ajedrez. Y de aquí todo eso de jugar á cara de perro, sin volver las jugadas, aquello de pieza tocada, pieza jugada. Es muy caballeresco este juego, sí, pero llega á en-

gendrar verdaderas antipatías, así como engendra simpatías. El amor propio queda muy al descubierto en él, y lo más educativo que tiene es el enseñarnos á dominarlo. Pero esto se consigue lo mismo en una conversación en que juega el ingenio.

«Es culto porque da motivo á desarrollar la sociabilidad», añade el señor Pérez Mendoza. Según lo que por sociabilidad se entienda. En mi época de ajedrecimania solía yo jugar con un anciano que no parecía vivir sino para el ajedrez. Todas las tardes me pasaba dos ó tres horas jugando con él. Y jamás supe sino su nombre, que hoy ya no lo recuerdo. No sé de dónde, ni cómo era, ni qué ideas tenía, ni nada de su vida pasada. No nos unía más que la común afición al ajedrez. Y así se ve que dos hombres pueden reunirse todos los días, dos, tres ó más horas, en torno á un tablero, á comerse caballos y torres y convertir á peones en reinas y desconocerse profundamente el uno al otro, manteniéndose mutuamente extraños. Y en tal sentido no fué tan falsa como parece la visión que de la civilización tuvo mi amigo el cura de aldea socarrón y malicioso.

Mucho de la sociedad civilizada no es más que la sociabilidad que con el juego del ajedrez se engendra y desarrolla. Dos hombres pueden pensar y sentir del modo más opuesto, ser en el fondo incompatibles el uno con el otro, y juntarse á jugar al ajedrez. Un día falta uno de los jugadores, dura su ausencia unos días y al cabo de ellos vuelve á su hábito, pero vestido de luto y con aspecto de

cierta tristeza. En esos días ha quedado viudo. Y puede muy bien ocurrir que su competidor lo ignore. No; no es esa sociedad la que debemos promover, sino otra más íntima, más espiritual, más comunicativa. Es comunión, comunión de ideas y sentimientos, no sociabilidad lo que nos hace falta. Un club ajedrecista es lo más opuesto á una iglesia cualquiera, á un centro de comunión espiritual. El ajedrez puede llegar á ser uno de los medios de juntarse las personas sin comprometer en esta junta sus almas.

Lo que hay que promover y fomentar es la conversación íntima y libre, el cambio de ideas. Hay que hacer de los casinos verdaderos hogares de ideas. Hogares, y, á la vez, templos. Dicen que es de muy buen tono, de la más profunda urbanidad y cortesía el que en una «reunión de confianza»—son las reuniones en que menos confianza cabe—en una sociedad, en un casino, no se hable de lo más íntimo y vital: de religión. Para mí ese buen tono, esa urbanidad y esa cortesía, no son sino signo de muerte. Sociedad en que privan máximas semejantes no es sino un hormiguero de egoístas, de aventureros, de superficiales, de escépticos y de aburridos. Y he aquí por qué odio esas sociedades y huyo de ellas. No quiero ser un hombre de sociedad, un hombre de mundo. El saber llevar el frac puede llegar á ser una inferioridad manifiesta.

Paréceme, pues, que para defender á los jóvenes estudiantes de la «ola que avanza», mejor aun que aficionarlos al ajedrez, y aun no siendo

del todo malo este remedio, es aficionarlos á otras cosas, y ante todo al estudio; es, sobre todo, provocar en ellos las eternas y tradicionales inquietudes de espíritu, las que no dejan vacío que tenga que llenarse con apuestas al juego de azar.

Y por lo que hace á las funciones de observación, de orden, previsión, etc., con que el ajedrez desarrolla la intelectualidad, cedo la palabra al sutilísimo Edgar Allan Poe, que en la introducción á su cuenta sobre *Los asesinos de la calle de la Morgue*, decía así:

«Es muy posible que la facultad de resolución se robustezca con el estudio de las matemáticas y especialmente de aquella su más elevada rama que no más sino á causa de sus operaciones retrógradas ha sido llamada, injustamente, análisis por excelencia. Pero calcular no es lo mismo que analizar. Un jugador de ajedrez, por ejemplo, cumple lo uno sin esfuerzo alguno para lo otro. De donde se sigue que el juego del ajedrez ha sido muy mal entendido en sus efectos sobre el carácter mental. No estoy escribiendo un tratado, sino simplemente un prefacio á un relato, prefacio con observaciones sobre el azar. Aprovecho, pues, la ocasión para afirmar que las potencias más elevadas del intelecto reflexivo se ejercitan más decidida y útilmente con el modesto juego de damas que no con la complicada frivolidad del ajedrez. En éste último, en que las piezas tienen diferentes y extraños movimientos, con varios y variables valores, se confunde lo que no es sino complejo con lo profundo, error nada raro. La atención entra aquí

poderosamente en juego. Si marra por un instante, se comete un descuido, de que resulta pérdida ó derrota. Como los movimientos posibles son, no sólo múltiples, sino complicados, las probabilidades de tales descuidos se multiplican y en nueve casos por cada diez el que vence es el jugador más concentrado (concentrativo) y no el más inteligente (acute). En las damas, por el contrario, donde los movimientos son «únicos» y no sufren sino leves variaciones, disminuyen las probabilidades de inadvertencia, y quedando, relativamente, sin empleo la mera atención, las ventajas que obtenga una de las partes las obtiene por un superior ingenio (acumen). Para ser menos abstracto, supongamos un juego de damas en que las piezas se reducen á cuatro damas, y en que, por supuesto, no cabe esperar descuido. Es obvio que la victoria en este caso no puede decidirse á jugadores iguales, sino por algún movimiento rebuscado, efecto de fuerte trabajo intelectual. Privado de recursos ordinarios, el analista se mete en el espíritu de su contrario, se identifica con él, y no raras veces ve así, de una mirada, los únicos métodos—á las veces absurdamente sencillos—por los que puede inducirle á error ó empujarle á un mal cálculo.»

Esto, como todo lo de Poe, es más ingenioso que sólido, y en el fondo un tanto paradójico. Pero la paradoja es la más excelente forma de la verdad desconocida. El mismo Poe reconoce, por lo demás, que el ajedrez desarrolla la atención. Sólo que le faltaba añadir que desarrolla la atención...

para el ajedrez. Es como las carreras de caballos que desarrollan la cría de caballos... de carrera, y los juegos florales que promueven el cultivo de la poesía... jocoso-floral.

Hay que reconocer, por otra parte, que el ajedrez es una escuela de psicología práctica. Viendo jugar á uno varios días me comprometo á dar un bosquejo de su psicología. Uno juega por jugar, otro por inventar jugadas, otro para ganar, uno se distrae, otro cuenta con las distracciones ajenas, éste charla para confundir á su adversario y engañarle, aquél parece atender á un lado del tablero cuando en realidad se fija en otro, etc., etcétera. Pero esto pasa con todo juego. Y aun hay más, y es que creo que el tresillo exige mucha mayor agudeza, dotes más finas de observador, de psicólogo, que no el ajedrez. Hay que adivinar lo que no se ve. Y hay quien á las primeras jugadas sabe ya las cartas que tiene el contrario, siempre que conozca á éste. En el tresillo cabe jugar una jugada mirando á los ojos del contrario; en el ajedrez hay que mirar al tablero. Como en el tresillo entra por algo el azar entra también por más el elemento psíquico, espiritual. Saber servirse del azar es el supremo arte de la vida.

«¿Conque saber servirse del azar es el arte supremo de la vida?—me dirá aquí, interrumpiéndome, algún lector avisado;—pues entonces lo atrapé en contradicción. Porque si el arte supremo de vivir es aprovecharse del azar, ¿por qué condenar los juegos de azar y envite, los juegos de apuesta?» No te falta alguna razón, lector avisado, que

así me objetas, pero de eso ya hablaremos. Y hablaremos de la parcial justificación, y más aparente que real, que de esos juegos puede darse... Porque, en efecto, los juegos de azar responden á algo más que á llenar un vacío de espíritu; la pasión por el azar tiene hondas y muy vivaces raíces. Y bien dirigida, entiéndelo bien, bien dirigida, puede dar frutos provechosos.

Y lo que salva al ajedrez de ser una cosa puramente mecánica es precisamente el elemento de azar que su complicación misma lleva consigo: el poder contar con los descuidos del adversario. Pero es indudable que hace falta más cálculo para idear el modo de dar mate con rey, alfil y caballo, sin más, no habiéndolo aprendido antes, que no para empezar y desarrollar un juego. La simplicidad del caso abona lo que Poe dice.

El ajedrez tiene, sin duda, alguna de las ventajas, pero tiene casi todos los inconvenientes de las matemáticas. Y yo no encomendaría un asunto delicado á un puro matemático. Las matemáticas, dadas sin compensación ni contraveneno, son funestísimas para el espíritu. Son como el arsénico, que en debida proporción fortifica y en pasando de ella mata. Los matemáticos puros, se acostumbran á discurrir con el encerado ó el papel y no con la cabeza. Obsesionales una falsa idea de la exactitud. Es, sin duda, mucho más educadora cualquier ciencia de observación, de laboratorio, la biología sobre todo, porque en ella hay que aprender á doblegarse al hecho, que sólo en pequeña parte nos es conocido. Toda célula, por

muy conocida que nos sea, cela un misterio: el triángulo, por el contrario, ó la elipse, como no es sino un concepto, lo tenemos todo entero en el espíritu. El que los rumiantes tengan la pezuña partida, no se sabe bien por qué, además de ser tan exacto como $(a+b)^2 = a^2 + 2ab + b^2$ es mucho más educador. Y en cuestión de juegos, el tresillo, pongo por caso, es más biológico que el ajedrez, que tiene más de matemático. El azar es el misterio, y la fuerza del hombre es saber dominar el azar, es saber servirse del misterio.

He conocido muchos jugadores de ajedrez y he jugado á su juego con muchos de ellos. Y debo declarar que la mayor pericia en el juego no coincidía necesariamente con la mayor inteligencia. Junto á hombres muy inteligentes y grandes jugadores de ajedrez, he conocido ajedrecistas distinguidísimos que eran hombres de una mentalidad menos que ordinaria, y he conocido, en cambio, hombres de ingenio torpísimo, de pésimas dotes de observación, de inteligencia confusa y tarda que jugaban admirablemente bien al ajedrez. El ser un coloso en el ajedrez, como un Philidor, un Morphy, un Steinitz, un Tchigorin, un Golmayo, un Martínez, un Mackenzie, un Lasker..., no prueba sino que se es un coloso en el ajedrez. En todo lo demás puede ser coloso, hombre ordinario, ó pigmeo.

Una cosa me ha llamado la atención en los manuales de ajedrez y en los libros de partidas famosas—muchas de ellas las he vuelto á jugar, libro y tablero á mano— y es que entre los nombres de

los jugadores famosos, de los grandes maestros del ajedrez, figura un número de apellidos españoles—como Martínez, Golmayo, Ponce, Vázquez, etcétera,—mayor que el que figura entre los nombres famosos en ciencias, artes y letras. ¿En qué consiste esto?

Algo se me ocurre á este respecto, pero el haber alargado ya lo bastante este escrito, me impide, afortunadamente, el decirlo aquí. Tal vez es mejor para callado.

ARTE Y COSMOPOLITISMO

Mi óptimo amigo y paisano Grandmontagne creyó bien, á lo que parece, publicar una de las cartas que en privado le he dirigido, carta en que con la franqueza que nuestra buena amistad otorga, declaraba yo ciertas opiniones que respecto al estado de la literatura argentina abrigo, y que no he hecho públicas por falta de los comprobantes todos que creo necesarios. Pero debo felicitar me de ese amistoso celo de mi Grandmontagne, porque la tal carta me ha valido otra interesantísima (inédita ésta), del Sr. Martiniano Leguizamón, y el hacer con este insigne literato conocimiento, pudiendo así haber saboreado sus *Recuerdos de la tierra*, su *Calandria* y su *Montaraz* con que ha tenido la bondad de obsequiarme. Y, como lo que tales obras y la carta de Leguizamón me sugieren podría interesar á los habituales lectores de *La Nación*, allá van algunas reflexiones acerca del cosmopolitismo en el arte.

Díceme Leguizamón que se sintió molestado por el *chaguarazo* (¡linda palabreja!) que en tal carta